

Una vida en blanco y negro

(Adolfo del Pozo Velasco)



Por Andrés Martín

Nació en Madrid el 19 de diciembre de 1942. Nos conocimos a finales de los años sesenta. Conservo una planilla de la primera de las dos partidas que jugamos en el Campeonato de Castilla de 1969. Debió de ser allí. Coincidíamos en el Club Schweppes, que creó Román Torán. Estudiaba yo por entonces en el viejo Conservatorio de la calle de San Bernardo, y cuando salía de clase me pasaba por el club para ver o jugar alguna partida. Me vio alguna partitura y se acercó para preguntarme si estudiaba música. Le dije que sí y ahí empezó nuestra amistad, que cuajó por la mutua admiración: yo por él como ajedrecista y él por mí como músico. De otra forma nunca habríamos llegado a ser amigos porque él era un gran jugador y yo no pasé nunca de ser uno del montón.



Poco a poco fui conociendo su vida, y vi que compartíamos, aparte de la afición por el ajedrez y la música, una visión parecida de la vida, lo cual hizo que nuestra amistad se consolidara.

A Adolfo le gustaba la filosofía. Me dijo que a los doce años leía a Ortega y Gasset. Quiso estudiar letras pero el padre se opuso de forma terminante porque, según él, eso no tenía futuro. Como ninguno de los dos daba su brazo a torcer medió la madre, y convinieron que estudiaría el bachillerato de ciencias pero no iría a la Universidad.

Esta circunstancia, que parece una nimiedad, condicionó su vida futura de tal manera que hay que tenerla siempre en cuenta para entender lo que vino pasando después.

Él no me explicó nunca por qué se puso a trabajar rondando la treintena, y creo que debió de ser porque todos aquellos con los que se relacionaba eran económicamente independientes, mientras que él no tenía más ingresos que lo que le daban por jugar y la cantidad que le pasaba su madre, que cubría poco más que el transporte. El padre, representante comercial, no le dio nunca dinero.

Preparó unas oposiciones a contadores del Estado, sin éxito. Después firmó las de oficiales administrativos de Tabacalera, y en esta ocasión aprobó. Lo destinaron a Barcelona, donde vivía el único hermano que tenía, del cual apenas me habló.

No era muy aficionado a escribir cartas, según me dijo en alguna ocasión, pero me escribió siempre desde Barcelona, Palma de Mallorca, Andújar (Jaén) y un pueblo pequeño de Cáceres, donde Tabacalera tenía un gran depósito de existencias. De aquí pidió el traslado definitivo a Madrid.

Esta secuencia de destinos, en no muchos años, hace que surja la duda de a qué pudo deberse tanto cambio. Intentaré explicarlo, pero antes permítaseme una breve digresión.

Transcribo una frase del doctor Gregorio Marañón bastante esclarecedora:

-Todo ser humano, grande o pequeño, nace con una misión terrenal, que después unos cumplen y otros no, según la potencia de su genio y según que el aire de la vida sople en dirección favorable o adversa.

Es evidente que no todos ven realizados en la madurez los sueños de la adolescencia, pero la mayoría se adapta a la realidad, olvidando así las ensoñaciones de la primera juventud.

No ocurrió así en el caso de Adolfo. Si a eso añadimos que el viento de la vida no le sopló a favor podremos ya imaginar lo que vendría después. Y retomo ya el relato interrumpido.

Me quedé en la pregunta de a qué pudo deberse tanto traslado. La razón es que chocaba con los jefes, pues éstos eran meros gestores empresariales a quienes no les importaban gran cosa las abstracciones filosóficas, que están muy bien en las aulas de enseñanza pero de más en el trabajo. No es muy raro que el empleado sepa más que el jefe, pero de ser así, el subalterno tiene que tener mucho cuidado en que el superior no se dé cuenta de la realidad. En caso contrario, como es el superior el que maneja el bastón de mando, el mal posible va a parar al que está debajo. Esta evidencia no la vio nunca Del Pozo, y como creía que tenía razón le discutía al jefe con razones convincentes que éste nunca podía aceptar, porque equivaldría a la revolución que supone quedar por encima el inferior sobre el superior.

La consecuencia era el expediente disciplinario por insubordinación, y en cuanto cumplía la sanción pedía el traslado. No era consciente tampoco de que allá donde llegaba sabían cuáles eran sus antecedentes, y no tardaba en repetirse la situación.

Me decía en una de sus cartas desde Barcelona (1971):

-Una de las cosas que he visto por el trabajo y la pensión donde vivo es que es imposible aislarse de la gente, y como generalmente la gente me suele parecer superficial o boba resulta que molesta convivir.

Y añadía:

Personalmente te digo que me siento aislado, ya que con los compañeros de trabajo no comparto aficiones como cartas, caza y pesca. Ya sabes: los gánzapiros de hoy. Y yo me resisto a idiotizarme.

Esta inadaptación al mundo laboral determinó su futuro.

Al fin llegó a Madrid, a su casa, pero ya no le quedaban más traslados que pedir y comenzó su declive. Se debatía en el dilema de tener que trabajar para vivir y tener que soportar a jefes y compañeros. Alegó problemas psicológicos derivados de un problema de ansiedad crónico y pidió la baja por enfermedad, que fue renovada hasta cumplir el plazo máximo, que entonces eran dieciocho meses. Una vez agotado el plazo se pasaba a un tribunal médico, que decidía si el trabajador era dado de alta o pasaba a la jubilación por enfermedad incapacitante para el servicio. El tribunal votó a su favor, y quedó jubilado a los 48 años. Sin darse cuenta, había cortado uno de los últimos eslabones que le sujetaba a la vida.

Muchos años antes, sentados en la terraza del Café de Oriente, en Madrid, me dijo mientras saboreábamos unas cervezas:

-Yo Martín, lo único que quiero es que esta "broma pesada"...

(Aquí hizo un inciso:

...Voltaire, el cachondo,)

Y, acto seguido, concluyó:

... no dure mucho.

Estábamos alegres, y no le di la menor importancia a esto porque pensé que era una manera de expresión. ¡Se dicen tantas cosas que luego no se llevan a cabo!

Un día de diciembre, no sé si de 2002 ó 2003 acudí a un concierto de la Orquesta de la RTVE. En el descanso vi a un amigo común, el notable finalista José Peña. Hacía mucho tiempo que yo no sabía nada de Adolfo y le pregunté por él.

-¡Ah! ¿Pero no lo sabes?

-No. ¿Qué ha pasado?

-¡Se suicidó!

¿Quéee?

Me quedé de piedra. No supo decirme la fecha. Después me enteré: fue el sábado 25 de septiembre de 1999. Tenía 56 años.

La muerte de un amigo siempre nos afecta, mucho más si es imprevista. Hacía años que no sabía de él, y es posible que le agravaran los problemas de salud que me comentó, relacionados con el hígado. Pero esto ya importaba poco.

Después, ya camino de casa, al ir pensando en lo ocurrido, recordé una carta suya desde Palma de Mallorca, escrita veinticinco años antes:

-Si yo muero antes que tú quizá llores porque te quedas sin un amigo, te quedas algo sólo, pero ten la seguridad de que yo estaré en el mejor de los estados: en el de la materia inorgánica que ni sufre, ni siente ni padece. Y bébete una cerveza por mi liberación.

Nunca imaginé que pudiera darse esa posibilidad. Ni siquiera cuando me comentó que con una caja de Valium y media botella de coñac estaba todo arreglado. Y una vez consumados aquellos negros presagios no queda sino recrear sus partidas y lamentar que aquella fuerza extraordinaria no la hubiera trasladado a la vida fuera del tablero.

Descanse en paz el amigo y el ajedrecista con madera de campeón que fue el infortunado Adolfo del Pozo Velasco.



P.D.: Está enterrado en el cementerio Sur (Carabanchel), zona C, cuartel 128, manzana 68, letra D.

Andrés Martín Martín
27 de Enero de 2023